

TODO O NADA

Francesc Gisbert

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda
del Ministerio de Cultura y Deporte de España.



Andana
editorial

© del texto: Francesc Gisbert
de la traducción: Leticia Oyola
Diseño gráfico: Esperança Martínez

© Andana Editorial
andana@andana.net
www.andana.net

1.^a edición: mayo de 2023
ISBN: 978-84-18762-73-4
Depósito legal: V-823-2023
Impreso en la UE

Prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de este libro sin la autorización escrita del editor. Dirijase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 0219 70 / 932 72 04 47). Todos los derechos reservados.

ALERTA: si piensas leer este libro
que tienes en las manos, te conviene
que veas primero este vídeo,
por tu seguridad.



<http://www.todoonada.andana.net>



Torrevieja

Torrevieja

Hay decisiones que obligan a tomar decisiones. La Sardina Feliz era una madriguera miserable que alguien pretendía hacer pasar un local de copas por la noche y por restaurante por el día en la playa del Palangre de Torrevieja. No había estado nunca en el Bajo Segura, pero aquel verano no encontraba ningún trabajo decente. La llamada de Bascuñana, en la que me proponía que lo acompañara y compartir piso, fue la única oportunidad de asentarme. Mi último trabajo estable, como única miembro del departamento de informática de aquella empresa de alimentación, acabó como empezó: con promesas incumplidas de cobrar a final de mes y mejorar las condiciones laborales. Según mi madre, la culpa de no cuajar en ninguna empresa era mía: «No estás acostumbrada a los horarios ni a las obligaciones. Ni a agachar la cabeza y pasar por el aro». En cierto modo, tenía razón, como casi siempre. Una vez que has saboreado el éxito de ser *youtuber*, la gloria del *instagramer* y las glorias de Twitter, cuando te has podido dedicar profesionalmente, durante un año, a vivir de la fama y de subir tan solo un vídeo a la semana, es difícil hacerse a otro tipo de vida: «Pon los pies en el suelo y espabila. ¡Aprende a ganarte las habichuelas!». Mi madre. Pasé de contar con

una media de un millón de visitas a cerrar el canal y tener que desaparecer del mapa. Torrevieja era lo más parecido a una ciudad anónima en la que pasar desapercibida. O eso creía.

La Sardina Feliz estaba en medio de la avenida de los Marineros. Las playas de Torrevieja son heterogéneas y, al menos, agradables, ahora de piedra, antes de arena, por aquí una cala, más allá un cabo. No tienen la masificación de otros lugares, a pesar de que llegan visitantes de todas partes. La jornada y el ambiente de trabajo, sin embargo, me desesperaban, por interminables y frenéticos. Por la mañana, servíamos desayunos; después, comidas, y por la noche, cenas; y teníamos servicio de copas en la terraza hasta bien tarde. Cobraba una miseria y lo mismo servía para un roto que para un descosido: ayudante de cocina, lavaplatos, camarera, limpiadora y pinchadiscos. El propietario, un guardia civil jubilado, se retiró en Torrevieja con la obsesión de montar aquel negocio de mala muerte para no aburrirse. Y aburrirse era lo único imposible en La Sardina Feliz.

Para empezar, Máñez, como quería que le llamaran, había nacido en una aldea perdida de Las Hurdes, en Extremadura, pero se consideraba el rey del pescado frito y el dueño de Torrevieja. Afiliado al partido que gobernaba la ciudad desde hacía años y años, tenía «contactos», de los que presumía con el pecho hinchado de un pavo y las mejillas siempre enrojecidas por el alcohol. Los «contactos» y una tendencia natural a inclumplir las leyes explicaban por qué actuaba como le venía en gana, con total impunidad. Llenaba la avenida de

mesas, montaba una carpa en la playa, conectaba los altavoces a toda pastilla por la noche, organizaba timbas entre los clientes... La Sardina Feliz era un espectáculo de gritos y alboroto, pero, sobre todo, de olores. Concretamente, de un único, omnipresente y perturbador olor que inundaba el paseo, se adhería a la ropa y te calaba como cuando se moja pan en chocolate: el hedor de la freidora.

Todos los días iba a la lonja a comprar una caja de pescado recién cogido, sin demasiados miramientos, excepto el precio. En eso era inflexible. Regateaba incluso el precio del polvo de los zapatos. El primer problema venía cuando, además del pescado de la lonja, Máñez adquiría criaturas marinas a una tribu de jubilados nómadas que lanzaban la caña por cualquier rincón de la costa, desde el puerto a la punta del Salaret. Nos traían unos bichos de naturaleza incierta, sacados de una película de mutantes, donde costaba distinguir la cabeza de la cola, los ojos de las branquias, y ya no digamos la especie. La morralla, comprada a cambio de un par de cervezas, se volcaba en la freidora de Panda, nuestro cocinero coreano, se escurría y era servida por Ikram e Imane, los camareros magrebíes. La costra perenne de rebozado que lo cubría todo contribuía a la indefinición generalitzada que permitía hacer pasar un mismo producto por sardina, merluza o sepia, según el menú del día. No describiré el proceso de elaboración de las paellas marineras bajo el lema de Máñez «todo lo que quepa, a la paella». Y obviaré las normas higiénicas y éticas que regían la preparación de copas, cócteles y combinados, con una cantidad de alcohol de garrafón proporcional a la de agua.

La verdad es que el negocio no iba mal del todo y cobrábamos con puntualidad, siempre dentro de la estrechez. Morir, no murió ningún cliente. Las hospitalizaciones se producían siempre cuando los turistas habían regresado a sus lugares de residencia, poniendo adentro. Bascuñana me daba ánimos cuando me veía a punto de mandarlo todo al garete:

—Lo que no mata engorda.

Él era de Orihuela y, frente a la vida, adoptaba una actitud a medio camino entre el pasotismo y la picardía constante. Compartíamos un apartamento destartado cerca de Las Lagunas, el sitio más barato y menos urbanizado de Torre Vieja. Había comenzado media docena de carreras y no había terminado ninguna: Medicina, Biología, Periodismo, Derecho... Nos conocimos en la cafetería de la universidad y, a pesar que nuestras vidas tomaron caminos diferentes, nunca perdimos el contacto. Además, fue él quien me animó a entrar en el mundo de las redes sociales. Afirmaba que, de haber nacido en otra época, a estas alturas ya sería obispo o cardenal, como un pariente suyo, el obispo Ataúlfo Bascuñana de Mendoza, superior del obispado de Orihuela. Recuerdo que me pidió ayuda para ligarse a una belleza de no sé qué facultad. Yo le aconsejé que se grabara en un vídeo gracioso y lo colgara. Él era el mejor contando chistes. Le hizo gracia la idea, pero, como no tenía ni idea de informática, me encargué yo. El resultado fue un éxito. Sumamos más de cien mil reproducciones en una semana, la mayoría de estudiantes universitarios. En parte por sus chistes y payasadas, y en parte por mi gracia a la hora de editar el vídeo y preparar el guión. Tras

el bautismo de fuego, me sugirió que preparara más vídeos con títulos del estilo de «Cómo ligar sin parecer un imbécil» o «Cosas que gustan a las chicas y cosas que no cuando buscamos pareja». Y fue tremendo. Fueron otro éxito total. En poco tiempo, me sacaba una pasta con la publicidad. La vida de *influencer* es efímera, todos acaban pronto y a menudo en la ruina. Hacía un año que no publicaba nada, y nadie se acordaba de mí. Es cierto que me peinaba de otra manera, que ya no me maquillaba y que había dejado de hablar con aquel característico «Hola, *flipers*» mientras guiñaba un ojo. Estoy convencida de que aún me quedaba cuerda para rato. O eso me gusta pensar. Yo, experta en consejos amorosos y de psicología inversa, cometí un error garrafal: enamorarme de quien no debía. Y aquello puso punto y final a la aventura.

Estábamos hablando de Torrevieja, ¿no? Los únicos momentos de paz y tranquilidad los saboreaba por la mañana, antes de abrir La Sardina Feliz, o por la tarde, de cinco a siete. Caminaba por el paseo marítimo hasta la cala Ferrís, uno de mis lugares favoritos, sobre todo en temporada baja. Pasear entre las palmeras y los acantilados, con las gaviotas y la cala vacía como única compañía, era reconfortante.

Fue en uno de estos paseos cuando la vi por primera vez. De entrada, me llamó la atención el ruido estridente de las frenadas. Pensé que serían jovencitos que volvían de fiesta cargados de alcohol y otras sustancias y hacían el tonto por las pistas de acceso a la cala. En aquellos momentos saboreaba el frescor de la brisa, cerca de la carretera, junto a la playa. Escuché el ruido de un motor y me giré. Un Opel Insignia

salió de la nada, totalmente enloquecido. Antes de echarme a un lado, me fijé en su ocupante: una joven rubia, más o menos de mi edad. En ese instante, fui incapaz de captar ningún otro detalle de su físico, excepto la mirada, que se me quedó grabada. Una mirada de furia. El coche se perdió en una revuelta, tras los acantilados. Aún no me había recuperado de la culada, cuando apareció un segundo vehículo, un todoterreno oscuro, también a toda velocidad. El conductor giró en la misma dirección que la joven de mirada enfurecida y lo perdí de vista. Al poco tiempo, escuché un golpe fuerte, como una colisión. El Opel salió disparado tras los acantilados y cayó al agua. Planeó con una lentitud insólita antes de chocar contra las rocas, quedar colgado un instante, a pocos metros de las olas, inclinarse y hundirse de proa, como una embarcación torpedeada.

Las pocas personas que en aquel momento estaban haciendo deporte o paseando al perro por la cala Ferrís se agolparon haciendo corro en un mirador cercano y llamaron al 112 mientras comentaban el accidente con el alma en vilo. Me quedé un rato observando al pie de la cala, frente al lugar donde el vehículo se había salido de la carretera. ¿Qué le habría pasado a su ocupante? Clavaba los ojos en la mancha de aceite provocada por el accidente, con la esperanza de ver a la joven rubia sacar la cabeza. No tengo madera de heroína y nado como un perro, pero me desabroché los zapatos para zambullirme. En esto, me agarró del brazo: la joven no había caído al agua; salía de entre las rocas. Debía de haber saltado antes, por el arañazo del brazo derecho y el polvo de su ropa:

—¿Te encuentras bien?

Me clavó los dedos en el brazo y se aproximó más, con pasos vacilantes. La agarré de los codos, temerosa de que se desamayara. Sus ojos verdes habían perdido el fuego con el que se quemaban cuando conducía, pero se mostraban decididos y enérgicos. Alta y graciosamente esbelta, un corto vestido rojo cereza de tirantes le ceñía el cuerpo como si estuviera mojado. A pesar de la caída, levantó la espalda, los músculos firmes y brillantes, el gesto altivo, las piernas largas y fuertes. Un cuerpo atlético, parecido al de una nadadora de competición:

—¿Te encuentras bien?

—¿Tienes coche?

—Sí, en el aparcamiento de la cala. Esas personas han llamado al 112. La ambulancia debe de estar de camino.

—Llévame al hospital, por favor.

El acento era del norte. Aquel día yo había ido con mi coche, un Corsa desvencijado de más de veinte años que Bascuñana me encontró a buen precio. Introduje la llave mientras la joven se sentaba a mi lado. Fue entonces cuando me di cuenta. Antes, el color cereza lo disimulaba:

—¡Tienes el vestido manchado de sangre! ¿Esto del costado es una herida de bala?

Me apuntó con una pistola. Por supuesto, no parecía de los que se lo tienen que pensar dos veces antes de disparar si le conviene. Se mordió el labio cuando, al sentarse, notó un pinchazo en la herida. Me lo dijo clarito y poco a poco, con una voz tan dura e inflexible como sus ojos:

–No puedo conducir con la herida. Así que me llevarás tú. Hazme caso a la primera y no te pasará nada. Sácame de aquí.

–¿Dónde quieres ir?

–Tú sácame de aquí.

Lanzó con fuerza a los asientos de atrás la mochila que llevaba colgada en la espalda. Al arrancar el vehículo, nos alejamos de la cala Ferrís. Por el retrovisor, vimos el todoterreno negro parado junto a la carretera. El ocupante observaba el lugar del accidente, de pie, delante del coche y con la puerta abierta, con una mano en la ventana y la otra en las barras de la baca. Estaba buscando a alguien.

Elche

–¿Qué pasa? ¿A qué vienen esas sacudidas? Hoy libro por la mañana, ¿no te acuerdas?

–Levántate, Bascuñana, necesitamos un médico.

–Pero si no terminé ni el primer año. ¿Quién es este pibón?

–¡Muévete o te reviento la cabeza!

Cuando notó la frialdad de la pistola en la boca, Bascuñana se levantó de un salto. La joven no se impresionó lo más mínimo por el hecho de que fuera desnudo. Los pijamas le causaban picor y a él le gustaba más la naturalidad de la desnudez, decía. No me sorprendía su tendencia al exhibicionismo y estaba acostumbrada a cruzármelo desnudo por el pasillo. Ochenta kilos repartidos en metro y medio se concentraban en una barriga prominente. Bajito y paticorto, de ojos menudos siempre vigilantes, se movía por la habitación dando saltitos de conejo. Se puso unos calzoncillos mientras la joven estaba sentada en la cama, apoyada en el cabecero. Seguía perdiendo sangre. Bascuñana no defraudó. En los momentos críticos, dejaba a un lado las gracias y las ocurrencias y se revestía del aplomo de quien ha visto mundo y sabe de todo un poco. En nuestro apartamento no había botiquín. Pero sí alcohol, de todas las marcas. El problema era que

todas las botellas estaban vacías. Sin embargo, encontramos una a medias. Limpió la herida y me envió a comprar gasas, calmantes y desinfectante a la farmacia de la esquina. La joven se resistió inquieta y nos apuntó con el arma:

–No avises a la policía o tu pareja lo pagará.

–Tranquila, necesitamos las gasas para vendarte. No te delataré. Solo compartimos piso, no tenemos una relación sentimental. Bascuñana, te quedas en prenda.

–La bala ha entrado por el costado y ha salido un poco más arriba. Es una herida superficial, no ha tocado hueso. Pero necesita tratarse. Perla, baja por las vendas y compra también un calmante para el dolor.

Hice el pedido lo más rápido posible. La farmacéutica me miró con desconfianza. Creo que me reconoció de la última vez, cuando Bascuñana volvió al apartamento bebido y herido, después de una pelea de bar, y me mandó a aquella farmacia de guardia a las cinco de la madrugada para hacer una compra similar. No dijo ni pío, pero me dedicó una mirada de reprobación deliberadamente desagradable. Al volver al piso ya había limpiado la herida y estaba empinando la botella para apurar lo que quedaba de whisky, mientras nuestra visita se removía inquieta en la cama. Bascuñana había descorrido las cortinas del balcón de la habitación para tener más luz. Delante del edificio se extendían las lagunas de La Mata, de un brillo metálico e hiriente a esas horas de la mañana.

–¿Seguro que sabe lo que hace?

–Y tanto. Puedes estar tranquila.

La desinfectó y la vendó con una profesionalidad incuestionable:

–Creo que habrías sido un médico de primera.

–Demasiado larga la carrera. Bueno, ¿ahora qué hacemos con tu amiguita?

–No soy la amiguita de nadie. Mierda. ¡Todo se ha complicado!

–La herida no es grave. Puedes caminar...

–¿Por qué no te llevas mi coche? Nosotros no avisaremos a nadie.

–Seguro que no...

La joven nos observaba con curiosidad. Me ponía nerviosa que nos estuviera apuntando todo el rato con la pistola. En su estado, se le podía disparar sin querer:

–Sois una pareja extraña para compartir piso. ¿Vive más gente con vosotros?

–Hasta hace una semana, mi prima. Pero se fue cuando encontró un trabajo mejor en Guardamar del Segura. Y tú, ¿cuándo te vas?

Le di un codazo. Cuando Bascuñana sacaba la vena impertinente, no tenía freno. Y no era cuestión de alterar a la visita aún más:

–Necesito hacer una llamada. Poned atención porque no lo repetiré: salid al balcón y cerrad la puerta. Y no llaméis la atención de nadie en la calle.

La obedecimos. Abrió la mochila y sacó un móvil. Tecleó y esperó. Nosotros salimos fuera y cerramos la puerta. La carretera de La Mata estaba bastante transitada. Las lagunas

habían adquirido un tono plateado. Poco después, gritó que entráramos. Lanzó el móvil sobre la cama, con rabia. Se quedó en silencio un buen rato, en el que no dejó de estudiarnos y de revisar el piso con la vista. Daba la impresión de estar barruntando algo y no decidirse. Después de la llamada nos pidió que la sacáramos de la habitación. La tumbamos en el sofá, con el costado vendado y la pistola sobre el regazo. Empezaba a hacer calor. Se secaba el sudor de los hombros con las manos, con los brazos cruzados sobre el pecho, inquieta y pensativa. En cada movimiento, ahogaba un gemido de dolor:

–Vivís en un sitio deprimente. Y supongo que vuestro trabajo, si es que tenéis uno, debe de ser deplorable.

–Eh, sin ofender. No somos delincuentes, como otras.

–Tú, figura, trae mi bolsa de deporte.

Bascuñana cogió la bolsa y la dejó a su lado. La joven la abrió. Nos quedamos boquiabiertos. Un fajo de billetes marrones, unidos con una goma, golpeó sobre la mesa de centro de cristal. Dos golpes secos:

–Tres mil euros. En billetes de cincuenta. Son vuestros. A cambio de entregar un paquete en un punto que os diré. ¿Aceptáis?

–¿Estás loca? ¿De qué película te has escapado?

–¡Que el charlatán de tu amigo se calle o le abriré otro ojo en mitad de la frente! Me saca de quicio.

–A mí también, a menudo. Oye, nosotros somos personas normales, no traficantes de droga.

–Os aseguro que no se trata de droga. –Abrió la mochila del todo y sacó un paquete del tamaño de una caja de zapatos, muy bien enrollado con cinta adhesiva.

–Entiendo. Ahora entiende tú. –Los ojos de Bascuñana se habían puesto alerta–: Somos dos. Y no trabajamos por menos de seis mil euros, tres mil por barba. O lo tomas o llevas tú el paquetito, monada.

La joven apretó los labios y crispó los dedos. Temí que no disparara sin contemplaciones. Bascuñana iba en serio. Sabía mejor que nadie que, de momento, no se podía mover con aquella herida. Necesitaba reposo. Éramos la única alternativa viable.

–De acuerdo, seis mil euros. –Y lanzó dos fajos más sobre la mesita–. Os haré un resumen de la situación. No necesitáis saber más. Tengo que darle este paquete a un cliente. El cliente realizará una transferencia al recibirlo. Pero estoy herida, y, por el momento, no puedo conducir. Además, hay quien quiere impedir el negocio y va detrás de mí. Son quienes me han disparado y me han sacado de la carretera en la cala. Por eso necesito una persona limpia y desconocida que actúe en mi nombre. Irás tú –me señaló–, y el doctor se quedará conmigo. Cuando vuelvas, os daré el dinero y desapareceré para siempre de vuestras vidas. Bascuñana y yo lo hablamos. Él era partidario de aceptar el negocio. Yo me mostraba reticente. La joven nos escuchaba sin decir palabra. Sus ojos de piedra verde estaban fijos en nosotros como dos focos, en una postura rígida, de muñeco de cera. Hasta que, pasados unos minutos, nos dijo que ya estaba bien y nos obligó a decidirnos:

–La pistola es un argumento tan convincente como el dinero. Acepto –suspiré.

–Buena elección. ¿Tenéis cinta adhesiva?

Me obligó a atar a Bascuñana a una silla. Necesitaba dormir y no se fiaba de dejarle deambular por el piso. Después, me hizo un resumen de los detalles:

–Tienes que llevar el paquete a Elche. En concreto, al Huerto del Cura. Has de estar allí a las once menos diez. Pasea discretamente entre las palmeras. A las once en punto, deja la bolsa delante de la palmera imperial, la que tiene ocho troncos, delante del busto de la emperatriz Sisí. Después, rodea la palmera y espera al otro lado, sin girarte. Oirás que alguien se aproxima caminando sobre la grava y coge el paquete. Espera un minuto, sin mirar. Un minuto más tarde, te vas.

–¿Eso es todo?

–Eso es todo. Los seis mil euros no se moverán de la mesita de centro. Ahora nos daremos los teléfonos.

Sacó un móvil e la bolsa:

–¿Cómo te llamas?

–Anna.

Lo grabó y, después, me hizo una llamada perdida:

–Déjame el móvil. Guardaré el contacto. Tráeme un vaso de agua, que estoy sedienta.

En cuanto le llevé el agua, me devolvió el teléfono. Tenía curiosidad por ver qué nombre había puesto:

–¿Sonia?

–Sí. Para vosotros seré Sonia. Siempre me ha gustado el nombre

Llegué al Huerto del Cura antes de tiempo. Mi coche no superaba los ochenta kilómetros por hora, y todo el mundo me adelantaba en la autovía de Elche. Tuve tiempo de tomarme un café en una terraza del parque. Llevaba el paquete en una bolsa de papel de una conocida marca de ropa. No podía soltar las asas. Todas las personas que me rodeaban me parecían enemigos potenciales. El anciano que paseaba el perro por delante del bar. La jardinera que rastrillaba. La pareja de jóvenes que desayunaba en la mesa de al lado... Sonia no quiso darme más explicaciones. No se las pedí. Lo entendía. Pero sospechaba, estaba segura, que aquella bolsa contenía algo de gran valor. Una mercancía por la que había gente dispuesta a matar.

El huerto se encontraba bastante concurrido. A comienzos del verano, el sol calentaba mucho. El Palmeral es un oasis del tipo de Las mil y una noches, un bosque de troncos tan altos y finos que desafían las leyes de la gravedad sin partirse. Te sientes en el norte de África o en Oriente; eso sí, con césped, árboles ornamentales y senderos de grava. Había una excursión escolar. Cerca de un centenar de criaturas de primaria corrían de una palmera a otra, alborotando y sembrando el caos en el paraíso. Mientras pasaba el tiempo, leí un folleto del parque que debía de haber perdido uno de aquellos angelitos que gritaban alrededor. Había un montón de palmeras singulares repartidas por todo Elche: Araceli, la Bonica, el Tridente, la Pipa..., cada una con una forma y una historia particular, únicas. La singularidad de la imperial, que divisaba desde la terraza, eran los siete hijos nacidos del tronco principal. A causa del peso, la palmera estaba apuntalada.



Elche

Torrevieja

La leyenda contaba que la bautizaron con ese nombre por una visita de la emperatriz Sisí, que se quedó maravillada. Al menos el busto era un recordatorio. Caminé hasta la imperial a la hora acordada.

Dejé la bolsa en el suelo, vigilada por Sisí, y giré al otro lado, aguzando el oído y con el corazón en un puño. El sol proyectaba las sombras en mi dirección. Identifiqué dos sombras alargadas que se aproximaban. Se hablaban al oído, miraron a derecha e izquierda, cogieron la bolsa y se fueron. Todo iba como Sonia había anunciado. Salvo un detalle discordante que me alertaba. Las risitas. Aquellas risitas no eran de un par de criminales. Me giré de repente. Justo a tiempo para ver las espaldas infantiles que huían corriendo:

—¡Ey, sinvergüenzas, devolvedme lo que me habéis cogido!

Les quité el paquete de un tirón, con cara de perra rabiosa. Los ladronzuelos, dos menores de seis años, empezaron a llorar y chillar. Es increíble la capacidad sonora de las cuerdas vocales de una criatura de seis años. Los llantos resonaban como la sirena de un transatlántico. No tardaron en llamar la atención de otros niños y la de los maestros. Me miraban como si fuera una perversa, y todos se dirigieron hacia mí con intenciones claramente hostiles. Me veía colgada de una de aquellas palmeras por la multitud enfurecida. Quizás a partir de ese momento el árbol recibiría mi nombre y mi final pasaría a formar parte de la nomenclatura ilustre del Huerto de las Palmeras: la palmera de «la Colgada». Me producía escalofríos. Preferí evitar bronca y huir a todo correr, perseguida a pedradas por las criaturas, en medio de

un griterío general. Tenía el coche aparcado cerca. Dejé el paquete en el asiento del copiloto para marcar el número de Sonia. Descolgó al segundo tono de llamada:

–¿Lo tienes?

–No se ha presentado nadie.

–¿Cómo que no se ha presentando nadie? ¿Lo has hecho bien?

–¡Demasiado bien! ¿Qué hago ahora?

–No te muevas de ahí. He de llamar por teléfono.

Colgó. Pasados cinco minutos, sonó el móvil:

–Tu dirás.

–Ha habido un contratiempo. El contacto me ha dicho que ha detectado que lo seguían y no se ha presentado. Hemos acordado otro punto de encuentro. En Alicante. Hoy a las cinco de la tarde en la Explanada. Delante de la Casa Carbonell.

–No tengo suficiente gasolina...

–Pues pon.

–¡No tengo dinero!

–Ya lo imaginaba. En la funda del móvil te he dejado una tarjeta, para posibles imprevistos. El pin es 666. Paga y saca el dinero que necesites.

–¿Y qué hago hasta esta tarde?

–Vete de compras o a comer. No me vengas con tontorrías. Pero, sobre todo, no pierdas de vista el paquete. Llévalo siempre contigo.

Colgó. Imprevistos... ¿Se estaba oliendo que algo podía ir de mal a peor? Aquel asunto se estaba complicando. Saqué el móvil de la funda. En efecto, había una tarjeta VISA oro.

No me di cuenta de la maniobra, era rápida. ¿Por qué lo había hecho? ¿Estaba ocultando algo? Si quería cobrar y, sobre todo, volver a ver a Bascuñana con vida, no podía hacer otra cosa que obedecer y callar. No había otra opción. Llené el depósito de gasolina. Y tomé la autovía A7, dirección Alicante.



Elche

Alicante

Torrevieja

Alicante

Alicante es como un recuerdo de infancia. Era la ciudad donde veraneaba con mis padres. Nosotros no teníamos suficiente dinero para alquilar un apartamento en Gandía, Sant Joan o el Campello. Solo nos llegaba para pasar un día en la playa cada semana de agosto. Y aún gracias. Mi padre tampoco conducía, a raíz de un accidente de moto. Por eso nos desplazábamos en un autobús de línea hasta la playa del Postiguet. El trayecto era penoso e interminable, revestido de emoción e incertidumbre, como las grandes epopeyas. Aquel autobús parcheado nos llevaba por una carretera llena de curvas, puerto de la Carrasqueta arriba y, después de las costas, por pendientes imposibles en las que nos inclinábamos hacia el barranco en cada frenada. Entre la escasa velocidad que la prudencia aconsejaba y las paradas por todo los pueblos de la nacional 340, Xixona, Mutxamel, Sant Joan..., la llegada a la Goteta de Alicante era una especie de victoria épica, de tierra prometida. Bajábamos del autobús a trompicones, echando el bofe, cargados con las bolsas de deporte, las toallas y las sombrillas. Nos quedábamos en el Postiguet hasta que la piel comenzaba a hervir y la cabeza amenazaba con explotar por el calor, y entonces levantábamos el campamento y